



Racine

Fedra

PERSONAJES

TESEO, hijo de Egeo, rey de Atenas.

FEDRA, esposa de Teseo, hija de Minos y Pasifae.

HIPÓLITO, hijo de Teseo de Antíope, reina de las Amazonas.

ARICIA, princesa de la casa real de Atenas.

TERÁMENES, ayo de Hipólito.

ENONE, nodriza y confidente de Fedra.

ISMENE, confidente de Aricia.

PANOPE, mujer del séquito de Fedra.

Guardias.

La escena tiene lugar en Trecenia, ciudad del Peloponeso.

ACTO PRIMERO

Escena 1 : HIPÓLITO, TERÁMENES

HIPÓLITO

Mi decisión está tomada: parto, querido Terámenes
y abandono el refugio de la acogedora Trecenia.

En la hora mortal en la que me debato,
empiezo a avergonzarme de mi ociosidad.

Desde hace más de seis meses vivo alejado de mi padre,

ignoro el destino de un ser tan querido;
incluso el lugar recóndito en que pueda hallarse.

TERÁMENES

¿Y en qué lugares vais pues a buscarlo. Señor?
Para dar satisfacción a vuestro justo temor,
he recorrido ya los dos mares que separa Corinto
he preguntado por Teseo a los pobladores de aquellas orillas
donde el Aqueronte se pierde hacia la región de los muertos.
He visitado la Hélide y, dejando atrás el Ténaro,
he llegado hasta el mar que vio desplomarse a Ícaro
¿Con qué nueva esperanza, en qué felices climas
creéis descubrir la huella de sus pasos?
¿Quién sabe incluso, quién sabe si el Rey vuestro padre
desea que el misterio de su ausencia sea desvelado?
¿Y si mientras con vos temblamos por su vida,
tranquilo, y ocultándonos unos nuevos amores,
el héroe solo aguarda que una amante embaucada...

HIPÓLITO

Calla, Terámenes querido, y respeta a Teseo,
quien, olvidado ya de sus errores juveniles,
no se halla retenido por un obstáculo indigno.
Vencida la fatal inconstancia de su esposo,
Fedra, desde hace tiempo, ya no teme rivales.
En fin, buscándole cumplo con mi deber
y huyo de estos lugares cuya vista ya no me deleita.

TERÁMENES

¡Ah, Señor! ¿Desde cuándo os inquieta la atmósfera
de estos lugares apacibles, tan caros a vuestra infancia
y que, en tiempos, os he visto preferir
al tumulto pomposo de Atenas y la Corte?
¿Qué peligro, o más bien, qué dolor os aleja de ellos?

HIPÓLITO

Aquel tiempo feliz ya acató. Todo ha cambiado,
desde que los dioses enviaron a estas orillas
a la hija de Minos y Pasifae

TERÁMENES

Comprendo; conozco la causa de vuestro dolor.
La presencia de Fedra os entristece y ofende vuestra vista.
Peligrosa madrastra: apenas os vio,
demostró su poder exigiendo vuestro inmediato exilio.
Pero su odio, centrado en vos en otro tiempo,
se ha desvanecido o, al menos, suavizado.
Y por otra parte, ¿qué peligro supone para vos
una mujer agonizante y que busca la muerte?
Fedra sufre de un mal que se obstina en callar,
hastada de sí misma y de la luz del día,
¿puede, en su estado, tramar algo contra vos?

HIPÓLITO

No es su vana enemistad lo que temo.
Una enemiga más dulce hace huir a Hipólito:

huyo, sí, lo confieso, de la joven Aricia,
descendiente de una raza fatal conjurada contra la mía.

TERÁMENES

¡Cómo! Vos mismo, señor, ¿la perseguiréis injustamente?

Jamás la dulce hermana de los crueles Palántidas
tomó parte en las pérfidas conjuras fraternales
y aun así ¿debéis vos odiar su inocente atractivo?

HIPÓLITO

Si la odiase, no huiría de ella.

TERÁMENES

Señor, ¿me es permitido explicar vuestra huida?
¿Habréis dejado de ser el orgulloso Hipólito,
implacable enemigo de las leyes de Amor
y de un yugo al que Teseo se sometió tantas veces?
Venus, despreciada tanto tiempo por vuestra altivez,
¿querrá, al fin, justificar a Teseo?
Y poniéndoos a la altura del resto de los hombres,
¿os ha obligado a quemar incienso en sus altares?
¿Amáis tal vez, señor?

HIPÓLITO

Amigo, ¿qué osas decir?

Tú, que conoces mi corazón desde su primer latido,
¿puedes pedirle que traicione sus sentimientos
siempre altivos y desdeñosos?

No es sólo que una madre amazona, con su leche,
me diera este orgullo que te asombra;
yo mismo, llegado a una edad de mayor madurez,
me congratulé de ser como era.

Tú, entonces, unido a mí por un sincero celo,
me narrabas la historia de mi padre.

Bien sabes cómo mi ánimo, pendiente de tu voz,
se enardecía con los relatos de sus nobles hazañas.

Cuando me describías a tan intrépido héroe
consolando a los mortales de la ausencia de Alcides,
los monstruos que él ahogó, los bandidos castigados:

Procusto y Cerción, Escirón y Sinis,

y los huesos dispersos del gigante de Epidauro,
y la sangre del Minotauro humeando en Creta.

Pero cuando relatabas hechos menos gloriosos:
su fidelidad ofrecida y aceptada en cien lugares,
Helena arrebatada a sus padres en Esparta;

Salamina, testigo del llanto de Peribea;

tantas otras cuyo nombre he olvidado incluso,
corazones demasiado crédulos burlados por su ardor:

Ariadna contando su abandono a las rocas y al mar,
Fedra, en fin, raptada bajo mejores auspicios.

Sabes cómo yo escuchaba tus relatos a disgusto,
muchas veces te instaba a que los abreviaras,

¡y hubiera querido sustraer a la posteridad
esa indigna mitad de una historia tan bella!

¿Y yo, a mi vez, he de caer en los lazos del amor?
¿Y los dioses hasta hoy habrían querido humillarme?
En mis cobardes suspiros, tanto más despreciable
Cuanto una serie de hechos gloriosos excusa a Teseo;
en tanto que yo, que ningún monstruo he domado hasta hoy
no he adquirido el derecho de tener sus debilidades.
Y aunque mi orgullo pudiera haberse dulcificado,
¿hubiera debido otorgar esa victoria a Aricia?
¿Olvidarán para siempre mis extraviados sentidos
el obstáculo eterno que nos separa?
Mi padre la rechaza; y con severas leyes
prohíbe que pueda dar sobrinos a sus hermanos.
Desconfía del brote de una estirpe culpable
y quiere con su hermana extinguir esa raza
y que, hasta la tumba sumisa a su tutela,
nunca arda para ella la antorcha del connubio.
¿Debo apoyar su causa contra un padre indignado?
¿Daré atrevido ejemplo a la temeridad?
Y comprometida mi juventud en un loco amor...

TERÁMENES

Ah, Señor, si estáis destinado a ello
el cielo no tendrá en cuenta vuestras razones.
Teseo, al querer cerrarlos, os abre los ojos;
y su odio, exacerbando un amor rebelde,
presta a su enemiga un nuevo encanto.
En fin, ¿por qué asustaros de un amor casto?
Si tiene algún atractivo para vos ¿no vais a probarlo?
¿Seréis siempre presa de un escrúpulo huraño?
¿Teme alguno perderse tras las huellas de Hércules?
¿Qué voluntad tan firme ha resistido a Venus?
¿Qué sería de vos mismo, que lucháis contra ella,
si Antíope, siempre hostil a sus leyes,
no se hubiera consumido en un púdico ardor por Teseo?
¿De qué sirve fingir con palabras orgullosas?
Confesadlo, todo cambia, y desde hace poco tiempo
no se os ve como solíais, altanero y arisco,
ora, lanzado en vuestro carro por la orilla,
ora, como experto en el arte de Neptuno,
haciendo tascar el freno a un indómito corcel.
Ya en los bosques, apenas resuenan vuestras voces;
vuestros ojos, llenos de una luz interior, miran con fijeza.
No hay duda posible: amáis, os sentís arder,
os consumís en un fuego que tratáis de disimular.
¿La encantadora Aricia ha sabido atraeros?

HIPÓLITO

Terámenes, parto en busca de mi padre.

TERÁMENES

¿No veréis a Fedra antes de marchar, señor?

HIPÓLITO

Ese es mi propósito: puedes anunciárselo.

Veámosla, puesto que mi deber así me lo exige.
Pero, ¿qué nueva desgracia turba a su fiel Enone?

Escena II: HIPÓLITO, ENONE, TERÁMENES
ENONE

¡Ah, Señor! ¿Qué dolor puede igualar al mío?
La Reina se encamina a un destino fatal.
Vanamente me afano en cuidarla día y noche:
se me muere en los brazos de algún mal que me oculta.
Un constante desconcierto reina en su mente.
Su agitación interior la arranca de su lecho.
Quiere ver la luz del día; y su dolor profundo
me obliga, sin embargo, a alejar de ella a todos...
Aquí viene.

HIPÓLITO

Basta: abandono este lugar
para no mostrarle mi rostro que ella odia.

Escena III: FEDRA, ENONE

FEDRA

No vayamos más lejos. Quedémonos aquí, mi fiel Enone.
No puedo mantenerme en pie: mis fuerzas me abandonan.
Me siento deslumbrada al ver la luz del día,
y mis rodillas, temblorosas, no aciertan a sostenerme
¡Ay! (Se sienta.)

ENONE

¡Dioses omnipotentes, que nuestro llanto temple vuestra ira!

FEDRA

¡Cuan pesados son estos adornos, estos velos sutiles!
¿Qué mano importuna, al trenzar mis cabellos,
se ha esmerado en reunirlos ceñidos a mi frente?
Todo me aflige, me hiere y se conjura para herirme.

ENONE

Bien claro está: ¡sus deseos se enfrentan entre si!
Vos misma, condenando vuestros injustos designios,
hace un momento me incitabais a adornaros;
Vos misma, recordando vuestra antigua fortaleza,
queríais dejaros ver y salir a la luz.
Ahora la veis. Señora; y dispuesta a ocultaros
¿odiáis esa luz que veníais a buscar?

FEDRA

Noble y brillante progenitor de una triste familia.
Mi madre alardeaba de ser tu descendiente,
y tú ahora te sonrojas ante mi triste estado.
¡Oh Sol! A verte vengo por última vez.

ENONE

¿Cómo? ¿No vais a cejar en tan funesto deseo?
¿Habré de seguir viendo vuestra renuncia a la vida,
vuestros fúnebres preparativos para la muerte?

FEDRA

¡Dioses! ¡Quién pudiera sentarse en la umbría del bosque!
¡Seguir, a través de una nube de polvo, en su carrera,
la estela fugitiva de un carro que se aleja!

ENONE

¿Qué decís, Señora?

FEDRA

¡Insensata de mí! ¿Dónde estoy? ¿Y qué he dicho?
¿Cómo permito este extravío de mis deseos y mi juicio?
Lo he perdido: los Dioses me lo han arrebatado
Enone, mi rostro se cubre de rubor:
te dejo ver demasiado claramente mis vergonzosos sufrimientos
y mis ojos, a pesar mío, se anegan en llanto.

ENONE

¡Ah!, si habéis de avergonzaros, hacedlo por ese silencio
que contribuye a agudizar aún más vuestros males.
Rebelde a todos los cuidados, sorda a todas las palabras
¿queréis, sin compasión alguna, dejar que vuestra vida acabe
¿Qué locura le pone fin en medio de su transcurso?
¿Qué sortilegio, qué veneno ciega la fuente de la que brotaba?
Por tres veces las sombras de la noche han teñido los cielos
sin que vuestros ojos hayan sido cerrados por el sueño,
y desde que vuestro cuerpo languidece sin tomar alimento
por tres veces la aurora ha derrotado a la oscuridad.
¿Por qué os sometéis a la tentación de tan espantoso designio;
¿Con qué derecho os atrevéis a atentar contra vos misma?
Ofendéis a los Dioses que os dieron la vida;
faltáis al juramento que os liga a vuestro esposo,
traicionáis, en fin, a vuestros desdichados hijos
a los que sometéis a un riguroso yugo.
Pensad si un mismo día les arrebatara a su madre
y devuelve la esperanza de un reino al hijo de una extraña
a vuestro implacable enemigo, que también lo es de vuestra sangre,
ese hijo que una Amazona ha llevado en su seno, ese Hipólito...

FEDRA

Oh, Dioses!

ENONE

Mi reproche os conmueve.

FEDRA

¡Desdichada! ¿Qué nombre han pronunciado tus labios?

ENONE

¡Muy bien! vuestra cólera estalla con razón.
Me complace ver que os, estremece ese funesto nombre.
Vivid pues. Que el amor y el deber os den fuerzas.
Vivid, no consintáis que el hijo de la Escita
sea el odioso opresor de vuestros hijos,
la más noble y alta sangre de Grecia y de los Dioses.
Pero no os demoréis; cada instante os destruye.
Reponed con presteza vuestras abatidas fuerzas
en tanto que aun. luce la llama de vuestra vida,
presta a extinguirse, pero que puede reavivar su brillo.

FEDRA

He prolongado demasiado la duración de esa culpa.

ENONE

¿Cómo? ¿Qué remordimientos os desgarran?

¿Qué crimen puede producir una angustia tan honda?

¿Acaso vuestras manos han vertido sangre inocente?

FEDRA

Gracias al cielo, mis manos están limpias de crímenes.

Pluguiera a los Dioses que mi corazón fuera inocente como ellas.

ENONE

¿Pues tan horrible proyecto habéis concebido

que vuestro corazón se espanta ante él?

FEDRA

Ya he dicho bastante. Ahórrame el resto.

Muero, por evitar confesión tan funesta.

ENONE

Morid pues, y guardad tan inflexible silencio;

pero buscad otra mano que os cierre los ojos.

Aunque apenas os resta un hálito de vida,

mi alma descenderá primero entre los muertos.

Mil caminos siempre abiertos allí conducen

y mi justo desconsuelo elegiré el más corto.

Sois cruel conmigo, ¿cuándo he defraudado vuestra confianza

¿Recordáis que, al nacer, fueron mis brazos los que os recogieron?

Por vos lo abandoné todo, mi patria y a mis hijos.

¿Era éste el premio que reservabais a mi fidelidad?

FEDRA

¿Qué esperas conseguir forzándome a hablar?

Temblarás de horror si rompo mi silencio.

ENONE

¿Y qué podréis decirme que supere, ¡oh Dioses!

el horror de veros expirar ante mi?

FEDRA

El que conozcas mi culpa, y el sino que se cierne sobre mi,

no evitará mi muerte, peor aún, moriré más culpable.

ENONE

Señora, por el llanto que por vos he vertido,

abrazada como estoy a vuestras débiles rodillas,

libertad mi espíritu de esa duda funesta.

FEDRA

Tú lo has querido. Ponte en pie.

ENONE

Hablad, os escucho.

FEDRA

¡Cielos! ¿Qué voy a decirle y por dónde empezar?

ENONE

No me ofendáis más con vanos temores.

FEDRA

¡Oh, el odio de Venus! ¡Su cólera fatal!

¡A qué extravíos el amor condujo a mi madre!.

ENONE

Olvidémoslos, Señora; y que el tiempo venidero cubra de eterno silencio ese recuerdo.

FEDRA

Ariadna, hermana mía, ¿de qué amor herida fuiste a morir en la orilla en que te abandonaron?.

ENONE

¿Qué os ocurre. Señora? ¿Y qué obsesión mortal os incita hoy contra toda vuestra estirpe?

FEDRA

Pereceré, ya que Venus así lo quiere; yo, la última y la más desdichada de mi triste raza.

ENONE

¿Amáis?

FEDRA

Estoy poseída por la furia del amor.

ENONE

¿Por quién?

FEDRA

Vas a escuchar el colmo del horror.

Amo a... Ante ese nombre fatal, tiemblo, me estremezco. Amo...

ENONE

¿A quién?

FEDRA

¿Conoces al hijo de la Amazona, al príncipe a quien tanto tiempo sojuzgué?

ENONE

¿Hipólito? ¡Dioses poderosos!

FEDRA

Tú eres quien ha dicho su nombre.

ENONE

¡Justo cielo! Mi sangre toda se congela en mis venas.

¡Oh desespero!, ¡oh crimen!, ¡oh estirpe desdichada!

¡Viaje infortunado! Esta costa maldita,

¿era preciso haber arribado a sus peligrosas orillas?

FEDRA

Mi mal viene de más lejos. Apenas me hube unido

al hijo de Egeo con los lazos nupciales,

mi reposo, mi felicidad, parecían asegurados.

Conocí en Atenas a mi altivo enemigo:

lo vi, me sonrojé y palidecí luego;

la emoción turbó mi alma enajenada;

mis ojos no podían ver y mis labios no hablaban.

Sentí todo mi cuerpo a un tiempo frío y ardiente.

Allí estaba Venus y las temibles pasiones que infunde, tormentos inevitables con los que persigue a mi raza.

Mediante asiduos votos creí poder desviarlos:

erigí un templo a Venus y me ocupé de embellecerlo.

Rodeada a todas horas de víctimas para el sacrificio,

buscaba en sus entrañas mi razón extraviada,

¡pero era un remedio inútil contra mi incurable amor!
En vano con mis propias manos quemaba incienso en los altares;
en tanto que mis labios invocaban el nombre de la Diosa,
yo adoraba a Hipólito; veía siempre su imagen,
incluso al pie del altar en que humeaba mi ofrenda.
Todo lo ofrecía a ese dios al que no osaba nombrar.
Lo evitaba en todas partes. ¡Oh colmo de la desdicha?:
mis ojos veían sus rasgos en el rostro de su padre.
Incluso contra mí misma me atreví, en fin, a rebelarme:
me esforcé en combatirlo.
Para alejar a un enemigo al que idolatraba,
fingí los sentimientos de una injusta madrastra;
insistí en su destierro, y mis continuas quejas
lo arrancaron del seno y los brazos paternos.
Respiré al fin, Enone; y a raíz de su ausencia,
mis días, menos agitados, transcurrieron apaciblemente.
Sumisa ante mi esposo, y ocultando mis penas,
cultivaba los frutos de mi infausto connubio.
¡Precauciones inútiles! ¡Ah, destino cruel!
Conducida a Trecenia por mi propio esposo,
tomé a ver al enemigo al que había alejado:
mi herida, aún reciente, sangra de nuevo.
Ya no es un ardor oculto en mis venas:
es Venus totalmente aferrada a su presa.
Mi delito me inspira un natural horror;
odio la vida y el amor que siento.

Querría con mi muerte rescatar mi honor
y ocultar para siempre un amor tan infame;
no he podido resistir tus lágrimas, tu asedio;
te lo he confesado todo; y no me arrepiento,
con tal de que respetes mi muerte ya tan próxima,
y no me abrumes más con injustos reproches.

Que tu inútil esfuerzo no intente reanimar
un hálito de vida ya presto a extinguirse.

Escena IV: FEDRA, ENONE, PANOPE
PANOPE

Querría ocultaros una triste nueva. Señora;
pero es preciso que os la revele.
La muerte os ha arrebatado a vuestro invencible esposo
y sólo vos ignoráis aún esta desgracia.

ENONE

Panope, ¿qué dices?

PANOPE

Que la Reina, confiada, en vano pide al cielo el retorno de Teseo;
y que por los navíos que han llegado a puerto
Hipólito, su hijo, acaba de saber su muerte.

FEDRA

¡Cielos!

PANOPE

Atenas se divide al elegir a un Rey

unos apoyan al Príncipe vuestro hijo,
Señora; y otros, olvidando las leyes del Estado,
osan dar su voto al hijo de la extranjera.
Se dice incluso que una intriga insolente
daría el trono a Aricia y la sangre Palántida,
He creído un deber avisaros del peligro.
Ya el mismo Hipólito se dispone a partir.
Y se teme, si surge en medio de este caos imprevisto,
que arrastre tras de sí a un pueblo tan voluble.

ENONE

Basta, Panope. La Reina, que te ha oído,
tendrá en cuenta tu valiosa advertencia.

Escena V: FEDRA, ENONE

ENONE

Señora, no os instaba ya a que vivierais;
incluso pensaba seguiros a la tumba;
ya no tenía palabras para disuadiros;
pero esta nueva desgracia os impone otros deberes.
Vuestra situación cambia y adquiere un nuevo aspecto:
el Rey no existe ya. Señora; debéis tomar su lugar.
Su muerte os deja un hijo a quien os debéis;
si os pierde será esclavo, y Rey si vos vivís.
En su desgracia, ¿en quién encontraría apoyo?
No habrá mano alguna que enjague sus lágrimas;
y sus gritos inocentes alzándose hasta los Dioses,
provocarán las iras de sus ancestros contra vos.
Vivid, ya no tenéis nada que reprocharos.
Vuestro amor se convierte en algo natural.
Teseo, al expirar, ha roto los lazos
que hacían de vuestra pasión un crimen horrible.
Ya Hipólito es menos temible para vos;
podéis verlo sin sentir os culpable.
Quizá, convencido de vuestra aversión,
se convierta en jefe de los sublevados.
Sacadle de su error, cambiad su voluntad.
Rey de estas costas felices. Trecenia es su herencia.
Pero sabe que las leyes otorgan a vuestro hijo
las soberbias murallas que Minerva construyó.
Los dos tenéis una enemiga natural: Aricia;
unios ambos para combatirla.

FEDRA

¡Pues bien! Me dejo guiar por tus consejos.
Viviré, si es posible llevarme hacia la vida
y si el amor de un hijo, en este infausto momento,
puede reanimar lo que resta de mis débiles fuerzas.

ACTO II

Escena I: ARICIA, ISMENE

ARICIA

¿Hipólito solicita verme en este lugar?

¿Hipólito me busca y quiere despedirse?
Ismene, ¿es eso cierto? ¿No estás equivocada?

ISMENE

La muerte del Rey produce su primer efecto.
Preparaos, Señora, a ver cerca de vos
los corazones que se apartan de Teseo.
Aricia, por fin, es dueña de su destino
y pronto verá a sus pies a toda Grecia.

ARICIA

¿No será, Ismene, un rumor sin fundamento?
¿Dejo de ser esclava y no tengo ya enemigos?

ISMENE

No, Señora, los Dioses ya no os son contrarios
y Teseo se ha reunido con las almas de vuestros hermano;

ARICIA

¿Se sabe de qué modo han terminado sus días?

ISMENE

Sobre su muerte se difunden increíbles historias.
Al ir a raptar a una hueva amante, se dice,
las olas se tragaron a ese esposo infiel.
Se cuenta, incluso, y es rumor difundido por doquier,
que descendió a los infiernos con Pirítoo,
vio el Cosito y sus márgenes sombrías
y se mostró en vida a las sombras infernales;
pero no pudo salir de tan triste morada,
ni traspasar esas orillas sin retorno.

ARICIA

¿He de creer que un mortal, antes de su última hora,
haya penetrado en la profunda morada de los muertos?
¿Qué hechizo le atraía a esas terribles orillas?

ISMENE

Teseo, ha muerto. Señora y sólo vos lo dudáis.
Atenas gime por eso, Trecenia lo sabe,
y ya reconoce a Hipólito como Rey.
Fedra, en el palacio, temblando por su hijo,
pide el conturbado consejo de sus leales.

ARICIA

¿Y crees que Hipólito alterará mis cadenas.
y será para mí más humano que su padre?

¿Que se apiadará de mis desgracias?

ISMENE

Lo creo. Señora.

ARICIA

¿Conoces bien al insensible Hipólito
¿Qué frívola esperanza pones en su piedad
y en que respete en mí a un sexo al que desprecia?
Ya ves, desde hace tiempo, evita encontramos
y va a todo lugar del que nos sabe ausentes.

ISMENE

Sé todo lo que se dice acerca de su frialdad;

pero he visto a vuestro lado al altivo Hipólito.
Y precisamente, al verlo, su fama de orgulloso
ha redoblado la curiosidad que sentía por él.
Su actitud no parece responder a esa fama:
en cuanto lo habéis mirado, le he visto confuso.
Sus ojos, que en vano querían evitar los vuestros,
languidecían y no podían apartarse de vos.
Decirle enamorado, puede ofender su orgullo;
pero sus ojos lo confiesan, aunque su lengua calle.

ARICIA

Ismene, ¡cuán ávidamente escucha mi corazón
tus palabras que, quizá, no tienen fundamento!
A ti, que me conoces bien, ¿te parece posible
que yo, triste juguete de un hado implacable,
corazón nutrido de amargura y de llanto,
deba conocer el amor y sus locas pesadumbres?
Última descendiente de un rey, noble hijo de la Tierra,
sólo yo he escapado a los furios de una guerra.
He perdido, en la flor de su temprana juventud,
a seis hermanos... ¡Pobre esperanza de una ilustre estirpe!
La espada segó sus vidas; y la tierra húmeda
bebió a disgusto la sangre de los nietos de Erecto.
Sabes que, desde su muerte, una severa ley
prohíbe a cualquier griego poner en mí sus ojos:
temen que el ardor temerario de su hermana
reavive la llama de las cenizas fraternales.
Pero también sabes con qué desdén veía yo
la preocupación del vencedor desconfiado.
Sabes que, siempre contraria al amor,
a veces, daba gracias al injusto Teseo,
cuyo oportuno rigor favorecía mi desdén.
Pero entonces mis ojos no habían visto a su hijo.
No es sólo porque, al verle, fácilmente hechizada,
amé en él su belleza, su encanto tan elogiado,
dones con que la Naturaleza quiso honrarle,
que él mismo desprecia y que parece ignorar.
Amo, estimo en él, más noble. riquezas:
las virtudes de su padre, con la ausencia de sus vicios.
Amo, lo confieso, un noble orgullo
que nunca se ha inclinado bajo el yugo amoroso.
En vano Fedra se jactaba de la pasión de Teseo:
yo soy más orgullosa y rehuyo la fácil gloria
de lograr un homenaje que se ha ofrecido a otras,
y entrar en un corazón abierto a todos los vientos.
Prefiero doblegar un orgullo indomable,
que un alma insensible conozca el sufrimiento,
sorprender a un cautivo con grilletes de amor
y que sacuda, en vano, un yugo que le place:
eso es lo que quiero y lo que me enardece;
Hércules era más fácil de vencer que Hipólito;

derrotado más veces y más rápidamente,
menos gloria ofrecí a quien le conquistaba.
Pero, querida Ismene, qué imprudencia la mía,
no me será tan fácil vencer su resistencia.
Me oirás, quizá, humilde mi fracaso,
quejarme del orgullo que tanto admiro hoy.
¿Amar Hipólito? ¿Por qué dicha infinita
habría yo doblegado...

ISMENE

El mismo os lo dirá
Viene a vos.

Escena II: HIPÓLITO, ARICIA, ISMENE

HIPÓLITO

Señora, antes de partir
he creído mi deber advertiros de lo que os aguarda.
Mi padre ya no vive. Mi fundado recelo
presagiaba las razones de ausencia tan prolongada.
Sólo la muerte, poniendo fin a tan heroicas hazañas,
podía ocultarlo al universo tanto tiempo.
Los Dioses entregan al fin a la Parca homicida
al amigo, al compañero, al sucesor de Alcides.
Creo que vuestro odio, respetando sus Virtudes,
escucha sin pesar los adjetivos que merece.
Una esperanza alivia mi mortal tristeza:
puedo libraros de una rígida tutela.
Revoco unas leyes cuyos rigores he lamentado.
Podéis disponer de vos misma, de vuestro corazón;
y en Trecenia, que hoy es mi herencia,
patrimonio en otro tiempo de mi ancestro Piteo
y que me ha reconocido, sin dudar, como rey,
os dejo tan libre y aún más de lo que yo lo soy.

ARICIA

Moderad esas bondades cuyo exceso me abruma.
Honrar mi desgracia con tan generosa atención,
es ponerme de nuevo aunque no lo creáis, Señor,
bajo las austeras leyes de las que me habéis librado.

HIPÓLITO

Atenas, sin saber aún qué sucesor elegir
os nombra a vos, a mí y al hijo de la Reina.

ARICIA

¿A mí. Señor?

HIPÓLITO

Sé, y no quiero ignorarlo,
que una ley insolente parece rechazarme.
Grecia me reprocha una madre extranjera.
Si mi único competidor fuera mi hermano,
Señora, sobre .el tengo derechos auténticos
que sabría sustraer al capricho de las leyes.
Un freno más legítimo contiene mi audacia:

os cedo, o mejor dicho, os devuelvo un lugar,
un cetro que, otrora, los vuestros recibieron
del famoso mortal que la tierra concibió.
La adopción lo puso en las manos de Egeo.
Atenas, engrandecida y protegida por mi padre,
reconoció con alegría a un rey tan generoso,
y olvidó a vuestros desdichados hermanos.
Atenas os llama ahora al interior de sus muros.
Ya ha sufrido bastante por una larga lucha,
demasiada sangre vuestra regó sus surcos
y abonó los campos en que se había alzado.
Trecenia me obedece. Las campiñas de Creta
ofrecen un hermoso retiro al hijo de Fedra.
El Ática os pertenece. Me voy. Y para vos,
reuniré todos los votos divididos entre ambos.

ARICIA

Asombrada y confusa por todo lo que oigo,
casi terno que sea un sueño engañador.
¿Estoy despierta? ¿Puedo creer en tal decisión?
¿Qué Dios, Señor, qué Dios os la ha inspirado?
¡No en balde la fama de vuestra gloria llega a todas partes
¡y cómo la verdad supera a vuestra reputación!
¿Vos mismo queréis traicionaros en favor mío?
¿No era bastante el no haberme odiado
y haber podido tanto tiempo preservar a vuestra alma
de esa enemistad...?

HIPÓLITO

¿Odiaros yo. Señora?
Aunque os hayan pintado mi altivez con negros colores,
¿podéis creerme nacido del seno de un monstruo?
¿Qué costumbres salvajes, qué odio encarnizado
no se dulcificarían al veros?
He resistido hasta ahora al encanto engañador...

ARICIA

¿Cómo, Señor?

HIPÓLITO

He hablado demasiado pronto.
Veo que la razón cede a la pasión. :
Puesto que he empezado a romper mi silencio,
Señora, debo proseguir, debo comunicaros
un secreto que rebosa ya de mi corazón.
Veis ante vos un príncipe digno de conmiseración,
ejemplo memorable de un temerario orgullo.
Yo que, rebelado ferozmente contra el amor,
de los grilletes con que aprisiona hice siempre mofa;
que, lamentando los naufragios de los débiles mortales,
pensé siempre contemplar las tormentas desde lugar seguro
sometido ahora a la ley común,
¡una simple emoción veo que me enajena...!
En un instante, mi audacia imprudente ha sido derrotada:

mi alma, tan soberbia, ya no es independiente.
Hace casi seis meses, lleno de vergüenza y desesperación,
desgarrado por el dardo que llevo clavado,
contra vos, contra mí, en vano me revuelvo:
si estáis presente, huyo; si os ausentáis, os busco
vuestra imagen me sigue al fondo de los bosques;
la claridad del día, las sombras de la noche,
todo finge a mis ojos los encantos que evito,
todo porfía en entregaros al rebelde Hipólito.
Yo mismo, como único fruto de mis vanos esfuerzos,
trato de ser el de antes y no me reconozco.
Arcos y jabalinas, mi cano, me importunan,
y no recuerdo ya las artes de Neptuno;
tan sólo mis gemidos se escuchan en el bosque,
y mis corceles, ociosos, olvidaron mi voz.
Quizá el relato de un amor tan arisco
os haga avergonzaros al saberlo obra vuestra.
¡Qué hosca expresión de un corazón que se os ofrece!
¡Qué extraño cautivó para tan bella cadena!
Pero la ofrenda debe ser más cara a vuestros ojos.
Pensad que os hablo en un lenguaje extraño para mí.
No rechazéis los ruegos mal expresados
que Hipólito no habría formulado sin vos.

Escena III: HIPÓLITO, ARICIA, TERÁMENES, ISMENE
TERÁMENES

Señor, la Reina llega y yo me he adelantado.
Os busca.

HIPÓLITO

¿A mí?

TERÁMENES

Ignoro lo que quiere.

Pero han venido de su parte a preguntar por vos.

Fedra quiere hablaros antes de vuestra marcha.

HIPÓLITO

¿Fedra? ¿Qué puedo decirle? ¿Y qué puede esperar...?

ARICIA

Señor, no podéis negaros a escucharla.

Aunque seáis muy consciente de su enemistad,
debéis una sombra de piedad a sus lágrimas.

HIPÓLITO

Entretanto, os vais. Y he de partir. E ignoro
si acaso he ofendido vuestro adorado encanto.

No sé si el corazón que dejo en vuestras manos...

ARICIA

Partid, Príncipe, y cumplid vuestros generosos propósitos.

Haced a Atenas tributaria de mi poder.

Acepto todos los dones que queréis hacerme.

Vero ese imperio, aun tan grande y glorioso,
no es para mí el máspreciado de vuestros presentes.

Escena IV: HIPÓLITO, TERÁMENES
TERÁMENES

Amigo, ¿está todo dispuesto? Mas la Reina está cerca.
Ve, que con rapidez la marcha se prepare.
Haz que den la señal, corre, ordénalo y vuelve
a liberarme rápido de una ingrata entrevista.

Escena V: FEDRA, HIPÓLITO, ENONE

FEDRA (a ENONE, en el fondo del escenario)
Aquí llega. Siento que la sangre se detiene en mis venas.
Olvido, al verle, lo que vengo a decirle.

ENONE

Acordaos de ese hijo que sólo os tiene a vos.

FEDRA

Se dice que vuestra pronta partida os aleja de aquí,
Señor. A vuestro dolor vengo a unir mis lágrimas.
Vengo en nombre de un niño suplicar mis temores.
Mi hijo perdió a su padre: y no está lejos el día
en que será, también, testigo de mi muerte.
Niño aún, mil enemigos lo cercan ya.
Sólo vos podéis abrazar su defensa.
Pero un remordimiento secreto agita mi alma.
Temo haberos hecho sordo a sus gritos.
Tiemblo por si vuestra justa cólera
se venga en él de una madre odiosa.

HIPÓLITO

Señora, no hay en mí sentimientos tan bajos.

FEDRA

Aunque me odiaseis, no me quejaría. Señor.
Siempre me habéis visto obstinada en dañaros;
no podíais leer en el fondo de mi corazón.
Me he ofrecido como blanco de vuestra enemistad.
No he podido sufrir vivir cerca de vos.
En público, en privado, contra vos he hablado;
he querido poner mares entre los dos.
Incluso he prohibido, por una ley expresa,
que fuera pronunciado vuestro nombre ante mí.
No obstante, si el castigo se mide por la ofensa,
si sólo el odio puede atraer vuestro odio,
jamás hubo mujer más digna de piedad,
de vuestra enemistad menos merecedora.

HIPÓLITO

Una madre celosa de los derechos de su hijo
perdona rara vez al hijo de otra esposa.
Señora, lo sé bien. Los recelos constantes
son habituales frutos de unas segundas nupcias.
Cualquier otra también se habría sentido celosa
y, quizá, hecho objeto de mayores ultrajes.

FEDRA

¡Ah! ¡De qué modo el cielo, y oso dar fe de ello,
ha querido exceptuarme de esa ley general!
Un mal muy diferente me turba y me devora.

HIPÓLITO

Señora, aún es pronto para esa turbación.
Quizá vuestro esposo aún ve la luz del día;
nuestros llantos podrían conseguir su retorno.
Neptuno lo protege y ese Dios tutelar
no desatenderá los ruegos de mi padre.

FEDRA

No se vuelve dos veces del reino de los muertos,
Señor. Ya que Teseo ha visto sus orillas sombrías,
es en vano esperar que un Dios os lo retorne;
y el avaro Aqueronte nunca suelta su presa.
Mas ¿qué digo? El no ha muerto, ya que respira en vos.
Ante mis ojos siempre creo ver a mi esposo.
lo veo, le hablo y mi corazón... ¡Qué extravío!
Señor, mi loco ardor a mi pesar se muestra.

HIPÓLITO

Ya veo el efecto prodigioso de vuestro amor.
Aun estando muerto, Teseo vive para vos
y vuestra alma sigue inflamada de amor por él.

FEDRA

Sí, Príncipe, me consumo de pasión por Teseo.
Le amo, mas no como fue visto en los infiernos,
voluble adorador de millares de amantes,
probando a mancillar el lecho de Plutón
le amo fiel, pero altivo, e incluso un poco huraño,
joven, fascinador, imán de corazones,
como veo a los Dioses o como os veo a vos.
Tenía vuestro porte, vuestros ojos y habla,
el mismo pudor noble coloreaba su rostro
cuando surcó las olas de la isla de Creta.
Digno objeto del amor de las hijas de Minos.
¿Qué hacíais vos entonces? ¿Por qué sin Hipólito
reunió la flor y nata de los héroes de Grecia?
¿Por qué, en exceso joven, no pudisteis vos
llegar en el navío que arribó a nuestras costas?
Vos hubierais matado al monstruo de Creta
entre los recovecos de su vasto retiro.
Mi hermana, para salvar el intrincado obstáculo,
vuestra mano habría armado con el hilo fatal.
Pero no, yo me habría adelantado a ella;
mi amor me hubiera antes sugerido la idea.
Yo, Príncipe, yo, mi ayuda certera
os habría guiado por entre el Laberinto.
¡Cómo hubiera cuidado a alguien tan gentil!
Un hilo no bastara a vuestra enamorada.
Compartiendo el peligro que debíais buscar,
yo misma por delante de vos habría marchado;

y Fedra, descendiendo con vos al Laberinto,
con vos se habría salvado o perdido con vos.

HIPÓLITO

¡Dioses! ¿Qué es lo que oigo? Señora ¿olvidáis
que Teseo es mi padre y también vuestro esposo?

FEDRA

¿Y en qué os basáis para creer que te he olvidado,
Príncipe? ¿Acaso habría perdido el celo por mi honor?

HIPÓLITO

Señora, perdonad. Confieso avergonzado
que interpretaba mal palabras inocentes;
el rubor me impide miraros a la cara

y voy...

FEDRA

¡Cruel! Demasiado bien me has entendido.
Te he dicho lo bastante para que no haya equívoco.

Pues bien, conoce a Fedra y todo su furor.

Amo, y no creas que al amarte
me creo inocente y apruebo mi conducta.

Tampoco he alimentado con cobarde complacencia
el loco amor que turba mi razón.

Objeto infortunado de las venganzas del cielo,
me aborrezco más aún de lo que tú me detestas.

Los Dioses son testigos. Ellos, que en mi pecho
encendieron ese fuego fatal para mi raza;

esos Dioses que cifraron una gloria cruel
en seducir el corazón de una débil mortal.

Revive tú mismo en la memoria lo pasado.

No sólo huía de ti, cruel, te envié al exilio.

Me he mostrado contigo odiosa e inhumana;
por mejor resistirte, he buscado tu odio.

¿Y de qué me han servido mis esfuerzos inútiles?

Me odiabas cada vez más, yo no te amaba menos.

Tus desgracias te hacían aún más atrayente.

He sufrido, me he consumido, en ardores, en lágrimas

Te bastaría el verme para convencerte,

si tus ojos pudieran posarse en mí un instante.

Pero, ¿qué digo? Lo que acabo de revelarte,

tan vergonzosa confesión, ¿la crees voluntaria?

Temblando por un hijo a quien debía ser leal,

venía a suplicar para que no lo odiases. .

¡Pobres proyectos de un corazón que rebosa de otro amor

¡Ay! tan sólo de ti mismo he podido hablarte.

Véngate, castígame por este amor odioso.

Digno hijo del héroe que te diera la vida,
libra al Universo de un monstruo que te indigna.

¡La viuda de Teseo osa amar a Hipólito!

Créeme, monstruo tan espantoso no debe escapar.

Mira mi corazón. Aesta aquí tu golpe.

Impaciente ya por expiar su culpa,

al encuentro de tu brazo siento que se adelanta.
Hiere. O si lo crees indigno de tus armas,
si tu odio me niega un suplicio tan dulce,
si temes salpicarte de una sangre tan vil,
a falta de tu brazo, concédeme tu espada.
Dámela.

ENONE

¿Qué hacéis. Señora? ¡Justos Dioses!
Mas alguien viene. Evitad testigos importunos.
Venid, entremos, huid de una vergüenza cierta.

Escena V: HIPÓLITO, TERÁMENES

TERÁMENES

¿Es Fedra quien huye, o mejor dicho, a quien hacen salí:
¿Por qué. Señor, por qué esas muestras de dolor?
Os veo sin espada, desconcertado, pálido.

HIPÓLITO

Terámenes, huyamos. Mi sorpresa es inmensa.
No puedo, sin horror, contemplarme a mí mismo.
Fedra... Mas no, ¡Dioses poderosos!
Que en profundo olvido quede sepultado este horrible secreto.

TERÁMENES

Si queréis partir, el navío está aparejado.
Pero Atenas, Señor, se ha pronunciado ya.
Sus jefes han reunido los votos de las tribus.
Vuestro hermano vence y el triunfo es de Fedra.

HIPÓLITO

¿De Fedra?

TERÁMENES

Un heraldo, portavoz del deseo de Atenas,
en sus manos ha puesto las riendas del Estado.
Su hijo es rey. Señor.

HIPÓLITO

Dioses, que la conocéis bien,
¿es acaso su virtud lo que recompensáis?

TERÁMENES

Sin embargo, un sordo rumor dice que el Rey aún vive
Se pretende que Teseo se encuentra en el Epiro.
Pero yo le he buscado allí, Señor, y sé muy bien...

HIPÓLITO

No importa, atendamos a todo, sin descuidar nada.
Examinemos el rumor, busquemos sus orígenes.
Si no merece la pena anular mi partida,
marchemos; y, sea cual sea el precio que nos cueste,
pongamos el real cetro en manos dignas de él.

ACTO III Escena I: FEDRA, ENONE

FEDRA

¡Qué se lleven las ofrendas que me envían!
¡Importuna!, ¿crees deseable que me vean?

¿Por qué intentas confortar mi desolado espíritu?
Mejor es que me ocultes; no he sabido refrenar mi lengua
Mi pasión, atrevida, ha osado desbordarse.
He dicho lo que jamás debió haber sido oído.
¡Cielos! ¡Cómo me escuchaba! ¡Con qué arte sutil,
ese insensible fingía no entender mis palabras!
¡Qué ansias mostraba de alejarse!
¡Su rubor multiplicaba mi vergüenza!
¿Por qué me disuadiste de mi funesto intento?
Cuando empuñé su espada para hundirla en mi seno,
¿crees que palideció? ¿que me arrebató el arma?
No, bastó que mi mano llegase a rozarla
para hacerla inmunda a sus ojos implacables.
¡Pobre espada profanada que mancillaría sus manos!
ENONE

Compadeciéndoos así por vuestras desgracias,
no hacéis más que atizar un fuego que debíais sofocar.
Digna hija de Minos, ¿no sería mejor
buscar vuestro sosiego en más nobles tareas?
Recurrid a la huida frente a un ingrato amante,
reinad y ocupaos de regir el Estado.
FEDRA

¡Reinar, yo! ¡Someter un Estado a mi ley,
cuando ya no obedezco a mi débil razón!
¡Cuando no puedo ya dominar mis sentidos!
¡Cuando apenas si respiro bajo un yugo vergonzoso!
¡Cuando me muero!
ENONE

Huid.

FEDRA

No puedo abandonarle.

ENONE

Pudisteis desterrarlo... y no podéis dejarle.

FEDRA

Ya no es posible. Conoce mi insensato amor.
He franqueado los límites del pudor austero.
He confesado mi vergüenza ante mi vencedor,
y la esperanza, a pesar mío, se ha insinuado en mi corazón
Tú misma, despertando mis fuerzas desfallecidas
y a mi alma, que erraba ya al borde de mis labios,
supiste reanimarme con tus consejos engañosos.
Me hiciste entrever que podía amarle.

ENONE

Inocente o culpable de vuestras desgracias,
¿de qué no hubiera yo sido capaz por salvaros?
Pero si alguna vez habéis sufrido la herida de una ofensa,
¿cómo podéis ignorar el desprecio de un soberbio?
¡Con qué obstinado rigor sus crueles ojos
os observaban, casi rendida a sus pies!
¡Qué odioso resultaba su feroz orgullo!

¡Ah, si Fedra hubiera visto lo que veía yo!

FEDRA

Enone, ese orgullo, que te ha herido, puede desaparecer.

Él fue criado en los bosques, tiene su misma rudeza.

Educado lejos de la civilización, Hipólito

ha oído hablar de amor por vez primera.

Quizá su silencio es tan sólo sorpresa

y nuestras quejas, tal vez, en exceso violentas.

ENONE

Pensad que una amazona lo ha llevado en su seno.

FEDRA

Aunque Escita, la extranjera, sin embargo, amó.

ENONE

La mujer no le inspira sino un odio fatal

FEDRA

Así no habrá rival que pueda disputármelo.

En fin, ya no es momento para consejos.

Obedece a mi pasión, Enone, y no a mi razón.

Él opone al amor un corazón inaccesible:

busquemos un punto sensible por donde atacar.

No parece inmune a la seducción de un Imperio,

Atenas le atraía, no ha podido disimularlo;

hacia allá enfilaban la proa sus navíos,

las velas ondeaban a merced de los vientos.

Ve a buscar de mi parte al joven ambicioso,

Enone; haz relumbrar la corona ante él.

Que coloque en su frente la sagrada diadema;

sólo quiero el honor de ceñirla yo misma.

Cedámosle el poder que no puedo guardar.

Instruirá a mi hijo en el arte del mando;

quizás tenga a bien reemplazar a su padre.

Pongo bajo su amparo al hijo y a la madre.

Recorre a cualquier medio para convencerle:

tus palabras hallarán más eco que las mías.

Apremia, llora, gime: pinta a Fedra moribunda;

que no te avergüence adoptar un tono suplicante.

Lo que hagas, bien estará; todo queda en tus manos.

Ve: espero tu retorno que decidirá mi destino.

Escena II: FEDRA, sola.

¡Oh, tú. Venus implacable, que ves hasta dónde me he rebajado!

¿acaso no he sido ya bastante humillada?

Ya no puede ir más lejos tu crueldad.

Tu triunfo es total; todos tus dardos han dado en el blanco.

Cruel, si quieres una nueva victoria,

ataca a un enemigo que ofrezca alguna resistencia.

Hipólito te esquivo; y desafiando tu cólera

jamás se ha prosternado ante tus altares.

Tu nombre parece ofender sus orgullosos oídos.

Diosa, toma venganza: nuestra causa es la misma,

haz que ame... Pero, ¿ya estás de vuelta, Enone?
Entonces, me detesta. Ni siquiera te escucha.

Escena III: FEDRA, ENONE

ENONE

Hay que ahogar el pensamiento de ese vano amor,
Señora. Recurrid a vuestro antiguo valor.
El Rey, al que creíamos muerto, va a aparecer ante vos.
Teseo ha llegado, Teseo está entre nosotros.
El pueblo se aglomera y corre para verlo.
Salía yo a cumplir vuestra orden, buscaba a Hipólito,
cuando mil gritos alzándose hasta el cielo...

FEDRA

Mi esposo vive, Enone, es suficiente.
Indignamente, he confesado un amor que le ultraja.
Él vive: no quiero saber nada más.

ENONE

¿Qué decís?

FEDRA

Te lo predije, pero no me creíste.
Tus llantos prevalecieron sobre mis justos remordimiento
Esta mañana iba a morir digna de ser llorada;
seguí tus consejos y muero en la deshonra.

ENONE

¿Morir?

FEDRA

Justo cielo ¿qué locura hice hoy?
Mi esposo va a mostrarse, y su hijo con él.
He de ver al testigo de mi pasión adúltera
observar cómo afronto la vista de su padre,
con el corazón oprimido por los suspiros despreciados por él
la mirada húmeda de llantos que rechazo, ingrato.
¿Crees que, celoso del honor de Teseo,
va a ocultarle el ardor que me consume?
¿Dejará que traicionen a su padre? ¿A su rey?
¿Podrá contener el horror que siente por mí?
En vano callaría. Conozco mi perfidia, Enone,
no soy de esas mujeres atrevidas
que, disfrutando en el Crimen de una paz tranquila,
saben componer un rostro que el rubor nunca enciende.
Conozco mis furores, los tengo muy presentes.
Ya me parece que estos muros, estas bóvedas
van a tomar la palabra y, prestos a acusarme,
esperan a mi esposo para sacarle de su engaño.
He de morir. Que la muerte me libre de tanto horror.
¿Es tan gran desgracia el dejar de vivir?
la muerte, al desdichado, no le causa espanto.
Sólo temo la reputación que dejo tras de mí.
¡Qué espantosa herencia para mis pobres hijos
Pueden enorgullecerse de la sangre de Júpiter;

mas por justo orgullo que inspire tan noble sangre,
el crimen de una madre es una pesada carga.
Temo que con palabras veraces, por desgracia,
se les reproche un día las culpas de su madre.
Tiemblo porque, oprimidos bajo ese peso odioso,
ni uno ni otro se atrevan a levantar la frente.

ENONE

No lo dudéis siquiera, compadezco a los dos;
nunca temor alguno fue más justo, que el vuestro.
Pero ¿por qué exponerles a tales afrentas?
¿Y por qué declarar en contra de vos misma?
Eso sería el fin: dirían que Fedra, sabiéndose culpable,
huye de la terrible reacción de un esposo traicionado.
Hipólito sería feliz. A costa de vuestra vida,
vos misma, al expirar, confirmaríais sus palabras.
¿Qué podría yo responder a vuestro acusador?
Frente a él sería fácil reducirme al silencio.
Le vería gozar de su horrible triunfo
y contar vuestro oprobio a quien quisiera oírle.
¡Caiga sobre mí antes el fuego celeste!
Pero no me mintáis, ¿le amáis aún?
¿con qué ojos veis ahora a ese príncipe osado?

FEDRA

Como un monstruo espantoso aparece ante mí.

ENONE

¿Por qué, pues, otorgarle la victoria completa?
Le teméis. Atreveos a acusarle primero
de un crimen que él podría achacaros después.
¿Quién os desmentirá? Todo habla en su contra:
su espada, en vuestras manos felizmente olvidada,
vuestra emoción presente, vuestra aversión pasada,
su padre prevenido por vos desde hace tiempo,
y por vos misma, antes, obtenido su exilio.

FEDRA

¿Qué yo ose oprimir y manchar la inocencia?

ENONE

Mi celo no requiere más que vuestro silencio.
Tiemblo como vos, siento remordimientos.
Más dispuesta estaría a afrontar mil muertes.
Pero ya que os pierdo sin tan triste remedio,
pagaré cualquier precio por salvar vuestra vida.
Hablaré. Teseo, indignado al oírme,
se vengará mandando al destierro a su hijo.
Un padre, al castigar. Señora, siempre es padre.
Un suplicio suave basta a calmar su cólera.
Y aun si fuera preciso verter sangre inocente,
¿es que exige menos vuestro honor amenazado?
Es un tesoro demasiado precioso para comprometerlo.
Vos debéis someteros a cualquier ley que os dicte,
Señora; y para preservar vuestro honor en peligro,

hay que inmolarlo todo; incluso la virtud.

Vienen; veo a Teseo.

FEDRA

¡Ay! Yo veo a Hipólito.

En sus ojos insolentes trae escrita mi perdición.

Haz lo que quieras; me pongo en tus manos.

Es tal mi turbación que no sé defenderme.

Escena IV: TESEO, HIPÓLITO, FEDRA, ENONE, TERÁMENES

TESEO

Por fin, la fortuna ya no me es contraria,

Señora, y a vuestros brazos trae...

FEDRA

Basta, Teseo, no profanéis tan emotivos transportes.

No merezco ya tan tiernas atenciones.

Se os ha ofendido. La fortuna, celosa,

no perdonó a vuestra esposa en vuestra ausencia.

Indigna de agradaros y de acercarme a vos,

desde hoy sólo debo pensar en ocultarme.

Escena V: TESEO, HIPÓLITO, FEDRA

TESEO

¿Qué extraña acogida se hace a vuestro padre, hijo mío?

HIPÓLITO

Sólo Fedra puede explicar este misterio.

Pero si mis deseos fervientes pueden influir en vos,

permitidme. Señor, que no la vuelva a ver.

Consentid que, por siempre, el tembloroso Hipólito

abandone este suelo que vuestra esposa pisa.

TESEO

¿Dejarme tú, hijo mío?

HIPÓLITO

Yo no la buscaba:

sois vos quien a estas costas condujisteis sus pasos.

Os dignasteis. Señor, al partir de Trecenia,

confiarme la custodia de Aricia y de la Reina.

Se me encomendó, incluso, su guarda y su cuidado.

Mas ahora ¿qué otras ocupaciones podrían retenerme?

En estos bosques, mi ociosa juventud se mostró diestra
con viles enemigos, por demasiado tiempo.

¿No podría, huyendo de un indigno reposo,
teñir mis jabalinas con sangre más gloriosa?

Vos no habíais alcanzado la edad a la que llego

y ya, más de un tirano, más de un monstruo feroz,

había experimentado de vuestro brazo el peso.

Ya, perseguidor afortunado de la insolencia,

habíais pacificado los bordes de dos mares.

El viajero, libre de ir y venir, no temía ya ultrajes.

Hércules, tranquilizado al saber de vuestras hazañas,

ya de sus trabajos se descargaba en vos.
Y yo, desconocido hijo de un padre tan famoso,
de lejos sigo, incluso las huellas de mi madre.
Permitid que mi audacia ose servir de algo.
Permitid, si algún monstruo ha podido escapar,
que traiga a vuestros pies sus honrosos despojos;
o que la perenne memoria de una honrosa muerte,
eternizando días noblemente acabados,
pruebe al Universo entero que yo fui vuestro hijo.

TESEO

¿Qué observo? ¿Qué horror, expandido en estos lugares,
hace huir de mi vida a mi familia enajenada?
Si vuelvo tan temido y tan poco amado,
¡oh Cielo! ¿por qué me sacaste de mi prisión?
Yo tenía un solo amigo. En su imprudente ardor
iba a raptar a la esposa del tirano del Epiro;
a disgusto le ayudaba en sus designios amorosos;
pero el destino airado nos cegaba a los dos.
El tirano me sorprendió sin defensa y sin armas.
Vi a Pirítoo, desdichado objeto de mis lágrimas,
entregado por ese bárbaro a monstruos crueles
que alimentaba con la sangre de infelices mortales.
Yo mismo fui encerrado en cavernas sombrías,
lugares profundos, vecinos del reino de las sombras.
Al cabo de seis meses, los Dioses se fijaron en mí.
Supe burlar la vigilancia de los que me guardaban.
He librado a la Natura de un pérfido enemigo;
él mismo sirvió de pasto a sus monstruos.
Y cuando con emoción pienso en acercarme
a todo cuanto los dioses me dejaron de más querido;
¿qué digo? Cuando mi alma, retomada a ella misma,
viene a saciarse de ver lo que tanto amo,
por toda acogida no hallo más que estremecimientos:
todos huyen, todos esquivan mis abrazos.
Y yo mismo, sintiendo el horror que inspiro,
querría estar aún en las prisiones del Epiro.
Hablad. Fedra se queja de que he sido ultrajado.
¿Quién me ha traicionado? ¿Por qué no he sido vengado?
Grecia, a quien mi brazo tantas veces fue útil,
¿ha concedido algún tipo de asilo al criminal?
Nada respondéis. Mi hijo, mi propio, hijo,
¿estaría en connivencia con mis enemigos?
Entremos. No quiero seguir con una duda que me angustia.
Conozcamos a un tiempo al crimen y al culpable.
Que Fedra explique al fin la turbación que observo.

Escena VI: HIPÓLITO, TERÁMENES

HIPÓLITO

¿Qué se proponía con esas palabras que me llenan de espanto?
Fedra, presa siempre de su extremado furor,

¿quiere, tal vez, acusarse y perderse a sí misma?
¡Dioses! ¿qué dirá el Rey? ¡Qué funesto veneno
ha esparcido el amor por toda su casa!
Yo mismo ardo en un fuego que su odio reprueba.
¡Cómo me conoció antes y cómo me encuentra ahora!
Negros presentimientos vienen a atormentarme.
Mas al fin la inocencia no debe temer nada.
Vamos, busquemos en otro lugar el sutil resorte
con el que podría conmover la ternura de mi padre,
y hablarle de un amor que quizá quiera prohibir,
pero que no podría debilitar con todo su poder.

ACTO IV

Escena I: TESEO, ENONE

TESEO

¡Ah! ¿Qué oigo? Ese traidor, temerario,
preparaba este ultraje al honor de su padre.
¡Con qué vigor, destino, me persigues!
No sé dónde voy, no sé dónde me hallo.
¡Oh afecto! ¡Oh bondad, tan mal recompensada!
¡Audaz proyecto! ¡Detestable pensamiento!
Para lograr los fines de su delictivo amor,
el insolente acudía al recurso de la fuerza.
He reconocido la espada, instrumento de su insania,
con la que yo le armé para, más noble, uso.
¿LOS lazos todos de la sangre no han podido retenerle?
¿Y Fedra demoraba el momento del castigo?
¿El silencio de Fedra protegía al culpable?

ENONE

Fedra protegía a un padre digno de compasión.
Avergonzada del designio de un furioso enamorado
y del fuego criminal que encendieron sus ojos,
Fedra moría. Señor, y la mano asesina
extinguía la inocente luz de su mirada.
Vi alzarse el brazo criminal, corrí a salvarla.
Sólo yo he sabido protegerla para vos;
y lamentando a un tiempo su turbación y vuestra alarma,
he servido, a pesar mío, de intérprete a sus lágrimas.

TESEO

¡Pérfido! No ha podido evitar palidecer.
Le he visto temblar al dirigirse a mí.
Me había sorprendido su falta de alegría;
sus gélidos abrazos enfriaron mi ternura.
Mas, ese amor culpable que le devora,
¿se había manifestado ya en Atenas?

ENONE

Señor, recordad las quejas de la Reina.
Un amor criminal causó todo ese odio.

TESEO

¿Y esa pasión se reavivó en Trecenia?

ENONE ,
Ya os he dicho, señor, todo lo ocurrido.
La Reina está sola con su mortal dolor.
Permitid que me retire y acuda junto a ella.

Escena II: TESEO, HIPÓLITO

TESEO

¡Ah! Aquí llega. ¡Oh Dioses! Ante tan noble porte,
¿quién no se hubiera engañado como yo?
¿Cómo es posible que, en la frente del adúltero,
brille el sagrado sello de la virtud?
¿No debería poderse conocer mediante signos certeros-
la perfidia del corazón de algunos humanos?

HIPÓLITO

¿Puedo preguntar. Señor, qué nube funesta
ha podido turbar vuestro augusto semblante?
¿No os atrevéis a confiarlo a mi lealtad?

TESEO

¡Pérfido!, ¿cómo osas aparecer ante mí?
Monstruo, que un rayo debió fulminar hace tiempo,
resto impuro de los bandidos que borré de la faz del mundo
Tras haber llevado tu furor hasta el tálamo paterno,
arrebatao por un amor que rebosa de horror,
presentas ante mí un rostro hostil.
Te muestras en los lugares mancillados por tu infamia,
en vez de ir a buscar, bajo cielos ignotos,
países a los que mi nombre no haya llegado nunca.
Huye, traidor. No vengas aquí a desafiar mi odio,
a provocarme, cuando apenas si contengo mi cólera.
Ya es suficiente castigo el oprobio eterno
de haber traído al mundo un hijo criminal,
sin que tu muerte, como baldón de mi memoria,
venga a mancillar la gloria de mis nobles hazañas.
Huye y si no quieres que un castigo repentino
te añada al número de los asesinos que ejecutó este brazo,
cuida que el astro que nos alumbra no te vea jamás
poner tus plantas temerarias en estos lugares.
Huye, te digo; y apresurando el paso, sin posible retomo,
libra a todos mis Estados de tu abominable presencia.
Y tú, Neptuno, escucha: si, antaño, mi valor
barrió tus orillas de infames asesinos,
recuerda que, como premio a mi fructífero esfuerzo,
prometiste cumplir el primero de mis deseos.
En los largos rigores de mi prisión cruel,
no imploré nunca tu poder inmortal.
Avaro de la ayuda que de ti espero,
te tuve reservado para asuntos más graves.
Hoy te imploro. Venga a un padre desgraciado.
Pongo a merced de tu cólera a este traidor:
ahoga en su sangre sus atrevidos deseos:

en tu furia Teseo reconocerá tus bondades.

HIPÓLITO

¡Fedra acusa a Hipólito de un amor criminal!
Tan desmesurado horror paraliza mi alma;
tantos golpes imprevistos me abruman a la vez,
que me dejan sin palabras y ahogan mi voz.

TESEO

Traidor, pretendías que en cobarde silencio
sepultase Fedra tu brutal insolencia.
Al huir, no tenías que haber abandonado
la espada que, en sus manos, ayuda a condenarte.
O tal vez, colmando tu perfidia, habrías debido
arrebatarle, a un tiempo, la palabra y la vida.

HIPÓLITO

Por tan negra mentira justamente indignado,
debería aquí revelar la verdad. Señor,
mas prefiero guardar un secreto que os afecta.
Aprobad el respeto que me sella los labios
y no queráis vos mismo aumentar vuestras penas,
Examinad mi vida y pensad bien quién soy.
Siempre a los grandes crímenes les precede algún otro.
Quienquiera que traspasa, de la ley, las fronteras
puede violar, al fin, los derechos más sacros;
igual que la virtud, tiene el crimen sus grados;
y jamás hemos visto la tímida inocencia
convertirse de súbito en licencia extrema.
Un solo día no convierte a un mortal virtuoso
en pérfido asesino, en incestuoso cobarde.
Criado en el regazo de una casta heroína,
nunca desmentí el origen de su sangre.
Piteo, un sabio entre todos los hombres,
se dignó instruirme cuando dejé a mi madre.
No haré de mí un retrato en exceso halagüeño,
pero si es que poseo alguna virtud,
Señor, creo haber demostrado ante todo,
mi odio por el crimen que osan imputarme.
Por ello Hipólito es conocido en Grecia.
He llevado mi virtud a extremos de rudeza;
se conoce el inflexible rigor de mi austeridad.
No es más pura la luz que el fondo de mi alma
y se pretende que Hipólito, amando con ardor profano..

TESEO

¡Cobarde! Ese mismo orgullo es el que te condena.
Ya veo el odioso motivo de tu frialdad.
Sólo en Fedra fijabas tus impúdicos ojos,
y tu alma indiferente desdeñaba inflamarse
con inocente amor por cualquier otro ser.

HIPÓLITO

No, padre mío, no debo ocultároslo más.
Este corazón no desdeñó arder en casto amor.

Confieso prosternado mi verdadera ofensa.
Amo; amo sí, es cierto, aunque vos lo prohibisteis.
Me sometí gustoso al encanto de Aricia.
La hija de Palante venció a vuestro hijo.
La adoro, y mi alma, rebelde a vuestras órdenes,
no suspira ni se inflama de amor más que por ella.

TESEO

¿La amas? ¡Cielos! Mas no, es burda la artimaña.
Te finges criminal para justificarte.

HIPÓLITO

Señor, hace seis meses que la evito y la amo.
Venía tembloroso a hablaros en persona.
¿Y bien? ¿Nada os puede sacar de vuestro error?
¿Qué tremendo juramento podría tranquilizaros?
Que la tierra y el cielo, la Naturaleza entera...

TESEO

Siempre los criminales recurren al perjurio.
Calla, calla y evítame importunos discursos,
si tu falsa virtud carece de otro apoyo.

HIPÓLITO

Os parece falsa y llena de artificio.
Fedra en su corazón me hace mayor justicia.

TESEO

¡De qué modo tu impudicia excita mi cólera!

HIPÓLITO

¿Por cuánto tiempo y dónde me enviáis al exilio?

TESEO

Incluso más allá de las columnas de Alcides,
me parecería demasiado cerca para tu perfidia.

HIPÓLITO

Sospechoso del atroz crimen del que me acusáis,
¿qué amigos se apiadarán de mí, abandonado por vos?

TESEO

Ve a buscar amigos cuya funesta estima
honre el adulterio y aplauda el incesto,
traidores, ingratos sin honor y sin ley,
dignos de proteger a un malvado como tú.

HIPÓLITO

¿Seguís hablando de incesto y de adulterio?
Callaré. Sin embargo, Fedra proviene de una madre,
de una raza. Señor, lo sabéis muy bien,
que conoce esos errores mucho mejor que la mía

TESEO

¿Cómo? ¿Tu rabia te lleva a perder todo recato?
Por última vez, quítate de mi vista.

Sal, traidor. No aguardes a que un padre furioso
te obligue con oprobio a dejar este sitio.

Escena III: TESEO, solo

TESEO

Miserable, corres a tu perdición inevitable.

Neptuno, por el río que amedrenta á los mismos Dioses
me ha dado su palabra, y va a cumplirla.

Un Dios vengador te persigue, no puedes evitarlo.

Yo te amaba; y siento; que, a .pesar de tu ofensa,
mi corazón por ti empieza a conmoverse.

Pero me has obligado tú mismo a. condenarte.

Jamás padre alguno sufrió ultraje mayor.

Dioses justos, que veis el dolor que me abrumba,

¿he podido yo engendrar un hijo tan culpable?

Escena IV: FEDRA, TESEO

FEDRA

Señor, me presento ante vos llena de justo espanto.

El temible sonido de vuestra voz ha llegado hasta mí.

Temo que una rápida acción haya seguido a la amenaza.

Si aún queda tiempo, perdonad a vuestro hijo.

Respetad a vuestra sangre, me atrevo a rogároslo.

Evitadme el horror de oírla clamar.

No me reservéis el eterno dolor

de haberla hecho derramar por la mano paterna.

TESEO

No, Señora, mi mano no se ha manchado con mi propia sangre.

Mas el ingrato, sin embargo, no ha escapado al castigo.

Una mano inmortal se encarga de perderlo.

Neptuno me lo debe y vos seréis vengada.

FEDRA

¿Neptuno os lo debe! ¿Cómo? ¿Vuestros airados votos...?

TESEO

¿Cómo? ¿Teméis ya que sean .atendidos?

Unios, más bien, a mí en mis legítimos deseos.

Pintadme otra vez sus crímenes en toda su fealdad.

Avivad mi cólera, en exceso lenta y contenida.

Aún no conocéis todos sus crímenes:

su furor se desborda en injurias contra vos;

dice que las mentiras brotan de vuestros labios;

afirma que su corazón, su fidelidad, pertenecen a Aricia, que la ama.

FEDRA

¿Qué decís. Señor?

TESEO

Lo ha afirmado ante mí.

Pero yo sé descubrir una vana artimaña.

De Neptuno esperamos una pronta justicia.

Voy yo mismo, de nuevo, al pie de sus altares;

le acuciaré a cumplir su inmortal juramento.

Escena V: FEDRA, sola

FEDRA

Se va. ¿Qué nueva ha resonado en mis oídos?

¿Qué fuego mal extinguido se aviva en mi corazón?

Me siento fulminada. ¡Oh cielos! ¡Qué funesta noticia!

Corría desalada en socorro de su hijo;

desprendiéndome de los brazos de la espantada Enone,
cedía al remordimiento que venía atormentándome.
¿Quién sabe hasta dónde habría llegado en mi arrepentimiento?
Quizá incluso hasta acusarme, si la voz no me hubiera fallado.
Tal vez se me habría escapado la temible verdad.
¡Hipólito tiene sentimientos, pero ninguno es para mí!
Aricia es dueña de su corazón. Es fiel a Aricia.
¡Ah Dioses! Cuando el ingrato, inexorable, a mis deseos
respondía con tan fiero mirar, con ceño tan terrible,
yo pensaba que su corazón, insensible al amor,
se acorazaba igualmente contra cualquier mujer.
Otra, sin embargo, ha doblegado su orgullo;
sus ojos crueles se han dulcificado por otra.
Quizá tiene un corazón fácil de enternecer.
Soy la única mujer a quien no puede sufrir;
¿e iba yo a tratar de defenderle?

Escena VI: FEDRA, ENONE

FEDRA

Querida Enone ¿sabes lo que acabo de descubrir?

ENONE

No, pero, a decir verdad, vengo temblorosa.

He palidecido al ver la intención con que salíais.

Temo que vuestro extravío os resulte fatal.

FEDRA

Enone, ¿quién lo hubiera creído? Tenía una rival.

ENONE

¿Cómo?

FEDRA

Hipólito está enamorado y no puedo dudarle.

Ese fiero enemigo imposible de domar,
al que ofendía el respeto e importunaban las quejas,
ese tigre, a quien nunca pude abordar sin temor,
sumiso, sometido, admite la derrota:

Aricia ha encontrado el camino de su corazón.

ENONE

¿Aricia?

FEDRA

¡Ah!, ¡dolor nunca experimentado!

¿A que nuevo tormento estaba destinada?

Todo lo que he sufrido, mis temores, mis ansias,
el furor de mi pasión, el horror de mis remordimientos,
y la insoportable injuria de un rechazo cruel,
no eran más que un débil preludio del tormento que padezco.

¡Se aman! ¿Qué sortilegio los ha ocultado a mis ojos?

¿Cómo se han visto? ¿Desde cuándo? ¿Dónde?

Tú lo sabías. ¿Por qué me dejabas seguir en el engaño?

¿No podías haberme informado de su furtivo amor?

¿Les has visto hablarse, buscarse con frecuencia?

¿Iban a esconderse en lo intrincado del bosque?

¡Ay!, se veían con plena libertad.

El cielo aprobaba sus suspiros inocentes;

seguían sin remordimiento sus inclinaciones amorosas;

textos los días amanecían claros y serenos para ellos.

Y yo, triste despojo de la naturaleza entera,

me ocultaba en la sombra, huía de la luz:

la Muerte es el único Dios a quien me atreví a implorar.

Aguardaba el momento de expirar;

me alimentaba de hiel, bebía mis lágrimas,

y observada en mis desgracias, desde muy cerca,

ni siquiera me atrevía a desahogarme en llanto;

gustaba temblando de ese funesto placer,

y ocultando mis cuitas bajo un rostro sereno,

a menudo debía privarme de mis lágrimas.

ENONE

¿Qué fruto producirán sus vanos amores? Nunca más se verán.

FEDRA

Se amarán siempre Mientras hablo, ¡ah, pensamiento mortal!,

ellos desafían la furia de una mente insensata.

A pesar de ese exilio que los va a separar,

hacen mil juramentos de no dejarse nunca.

No, no puedo sufrir tan ultrajante dicha,

Enone. Apiádate de mi rabia celosa.

Hay que perder a Aricia. La cólera de mi esposo

debe ser azuzada contra su odiosa estirpe.

Que no se conforme con ligeros castigos:

con su crimen la hermana supera a los hermanos.

En mis transportes celosos le imploraré.

Mas ¿qué hago? ¿De qué modo mi razón se extravía?

¡Yo celosa! ¡Y es a Teseo a quien quiero implorar!

¡Mi esposo vive, y ardo de amor por otro todavía!

¿Por quién? ¿Qué corazón aspiro a conquistar?

Cada palabra mía me eriza los cabellos.

Ahora ya mis crímenes colman la medida.

Todo en mí es, a la vez, incesto e impostura.

Mis manos homicidas, dispuestas a vengarme,

ansían empaparse de la sangre inocente.

¡Miserable! ¿Y aún vivo? ¿Sostengo la mirada

de ese sagrado sol del que soy descendiente?

Mi abuelo fue el padre y el señor de los Dioses;

el cielo, el Universo todo, lo pueblan mis ancestros.

¿Dónde esconderme? Huyamos hacia las sombras infernales

Mas ¿qué digo? Mi padre guarda allí la urna fatal

La suerte, dicen, la puso en sus severas manos,

Minos juzga en los infiernos a los pálidos mortales.

¡Ah! ¡Cómo se estremecerá su sombra horrorizada,

cuando vea a su hija presente ante sus ojos,

obligada a confesar crímenes tan diversos,

y delitos que el Infierno quizás no ha conocido!

¿Qué dirás, padre mío, de ese horrible espectáculo?
Creo ver la urna terrible cayendo de tus manos.
Creo verte, buscando un suplicio distinto,
convertirte en verdugo de quien lleva tu sangre.
Perdona. Un dios cruel perdió a tu familia;
reconoce su venganza en los furores de tu hija.
¡Ay! Nunca mi corazón recogió el fruto
del horrible crimen cuya vergüenza me persigue.
Acosada hasta el último suspiro por la desgracia,
mi penosa vida se acaba entre tormentos.

ENONE

Rechazad, Señora, un temor infundado.
Mirad con otros ojos un excusable error.
Amáis. No se puede derrotar al destino.
Os visteis arrastrada por un fatal hechizo.
¿Es acaso un prodigio raro entre los humanos?
¿Sólo a vos el amor consiguió someter?
Nada hay más humano que la debilidad.
Mortal sois, sufrid pues la suerte de un mortal.
Os quejáis de un yugo impuesto hace ya tiempo.
Los dioses mismos, los dioses que habitan el Olimpo,
que espantan al culpable con tremendo fragor,
alguna vez cedieron a amores ilegítimos.

FEDRA

¿Qué oigo? ¿Cómo te atreves a aconsejarme así?
¿Hasta el fin te propones llenarme de veneno,
desdichada? Así conseguiste mi perdición.
A la luz de la que huía tú me devolviste.
Tus plegarias me hicieron olvidar mi deber.
Yo evitaba a Hipólito, tú hiciste que le amara.
¿Cuál era tu misión? ¿Por qué tu boca impía,
acusándole, ha osado ensombrecer mi vida?
Quizá muera por ello; la plegaria sacrílega
de un insensato padre, puede ser atendida.
Ya no quiero escucharte. Vete, monstruo execrable.
Ve, déjame a mí la carga de mi triste destino.
¡Quiera el justo cielo pagarte cuan mereces!
Y por siempre jamás espante tu suplicio
a quienes, como tú, con cobardes astucias,
alientan las flaquezas de desdichados príncipes,
favorecen las inclinaciones de su corazón
y se atreven a allanarles el camino del crimen.
Detestables aduladores, ¡el regalo más funesto
que puede hacer a los reyes la cólera celeste!

ENONE

¡Ah, Dioses! Para servirla lo hice todo, todo lo abandoné
¿y este es el pago que recibo? Bien lo he merecido.

ACTO V

Escena : HIPÓLITO, ARICIA

ARICIA

¿Cómo? ¿Podéis callar en tan grave peligro?
¿No sacáis de su error a un 'padre que os ama?
Cruel, si desdeñando el poder de mis lágrimas,
consentís sin dolor en no volver a verme,
partid, alejaos de la desdichada Aricia,
Pero, al menos, partiendo, salvad vuestra vida.
Defended vuestro honor de un reproche vergonzoso.
Obligad a vuestro padre a cambiar sus propósitos.
Aún estáis a tiempo. ¿Por qué obrar así, qué capricho os induce
a dejar campo libre a vuestra acusadora?
Revelad la verdad a Teseo.

HIPÓLITO

¿No lo he explicado ya?
¿Tenía que pregonar la ofensa hecha a su lecho?
¿Debía yo, sincerándome en exceso,
cubrir de indigno rubor la frente de mi padre?
Sólo vos penetrasteis tan odioso misterio.
Sólo a vos y a los dioses se abrió mi corazón.
No he podido ocultaros, juzgad cómo os amo,
lo que hubiera querido ocultarme a mí mismo.
Pero mirad bien que os exijo el secreto.
Olvidad, si es posible, que os he hablado de ello,
Señora; que jamás unos labios tan puros
se abran para contar tan horrible aventura.
Confiémonos a la equidad de los dioses;
son los primeros a quienes interesa justificarme;
tarde o temprano, Fedra recibirá su castigo
y no podrá evitar esa justa ignominia.
Es la única reserva que exijo de vos.
En lo demás daré rienda suelta a mi cólera.
Salid de la esclavitud a que fuisteis reducida;
atreveos a seguirme, a acompañarme en mi huida;
dejad este lugar funesto y profanado,
donde vuestra virtud respira la ponzoña.
Para disimular vuestra pronta partida, aprovechad
la confusión que sembró mi desgracia.
Puedo aseguraros los medios para huir.
Sólo mis guardias custodian vuestra puerta.
Defensores poderosos abrazarán nuestra causa;
Argos, nos abre sus brazos y Esparta nos reclama:
que nuestros comunes amigos escuchen nuestras justas quejas
no toleremos que Fedra, envolviéndonos a los dos,
nos arroje a uno y otro del trono paterno,
y ofrende a su hijo mi cadáver y el vuestro.
La ocasión es propicia y hay que aprovecharla.
¿Qué temor os retiene? ¿Acaso dudáis?
Sólo vuestro interés me inspira esta audacia.
¿Qué frialdad os invade cuando en mí todo es fuego?

¿Teméis seguir los pasos de un pobre desterrado?

ARICIA

¡Ah, Señor! ¡Cuan dulce para mí sería ese exilio!

Unida a vuestra suerte, ¡viviría -en éxtasis,
olvidando al resto de los mortales!

Pero no estando ambos unidos por un dulce lazo,
¿puedo, sin manchar mi honor, acompañaros en la huida?
Sé que, sin detrimento del honor más exigente,
puedo escapar de manos de vuestro padre:
no se trata de arrancarme del seno familiar,
y es lícita la fuga para quien huye de un tirano.
Pero vos me amáis. Señor; y mi honra podría sufrir...

HIPÓLITO

No, no, vuestra reputación me importa demasiado.
Un propósito más noble me trae ante vos:
huid de vuestros enemigos y seguid a vuestro esposo.
Libres en nuestra desgracia, pues así lo quiere el cielo
podemos desposarnos sin dar cuentas a nadie.
No siempre el himeneo se rodea de antorchas.
A las puertas de Trecenia, y entre aquellas tumbas,
antiguos sepulcros de príncipes de mi raza,
hay un templo sagrado, terror de los perjuros.
En él los mortales no osan jurar en vano:
el perjurio recibe un súbito castigo;
la mentira no tiene freno más eficaz
que el temor a sufrir la muerte inevitable.
Allí, si confiáis en mí, podremos pronunciar
la promesa solemne de un amor eterno;
pondremos por testigo al dios allí adorado;
los dos le rogaremos que nos sirva de padre.
Pondré por testigos a los dioses sagrados.
Y la casta Diana, la augusta Juno,
en fin, todos los dioses, testigos de mi amor,
serán los fiadores de mis santas promesas.

ARICIA

El Rey viene. Huid, Príncipe, apresuraos.
Para disimular mi marcha, me detengo un instante.
Id; y dejadme algún guía fiel
que encamine hacia vos mis tímidos pasos.

Escena II: TESEO, ARICIA, ISMENE

TESEO

¡Dioses! Aclarad mi confusión y dignaos revelarme
la verdad que busco en estos parajes.

ARICIA

Piensa en todo, querida Ismene, y prepárate para la huida.

Escena III: TESEO, ARICIA

TESEO

El semblante se os ha demudado y parecéis turbada,
Señora. ¿Qué hacía. Hipólito en estos lugares?

ARICIA

Señor, me decía adiós para siempre.

TESEO

Vuestros ojos supieron someter su corazón rebelde
y obra vuestra son sus primeros suspiros.

ARICIA

Señor: no puedo negaros la verdad:
no heredó de vos vuestro odio injusto;
y en modo alguno me trataba como a un reo.

TESEO

Comprendo: os juraba amor eterno.
No confiéis en ese inconstante corazón,
pues también a otras les juraba lo mismo.

ARICIA

¿El, Señor?

TESEO

Hubierais debido hacerle menos voluble.
¿Cómo podíais soportar compartirlo tan indignamente?

ARICIA

¿Y cómo soportáis vos que palabras infames
osen calumniar a un hombre de tan noble vida?
¿tan mal conocéis el fondo de su corazón?
¿Os es tan difícil distinguir el crimen de la inocencia?
¿Por qué su virtud, que brilla para todos,
sólo a vos os la oculta una nube odiosa?

Entregarle a esas pérfidas lenguas es demasiado.

Basta: arrepentios de esos deseos homicidas;
recelad. Señor, no sea que el cielo riguroso
os odie hasta el punto de cumplir vuestros votos.
A menudo, en su cólera, acepta a nuestras víctimas;
y sus dones, a veces, castigan nuestros crímenes.

TESEO

No, en vano queréis ocultar su delito:
vuestro amor os ciega en favor del ingrato.
Mas yo creo a testigos sinceros, irreprochables:
he visto correr lágrimas dignas de fe.

ARICIA

Tened cuidado. Señor. Vuestras manos invencibles
han librado a los humanos de un sinnúmero de monstruos
pero no todos fueron destruidos, uno vive aún...
Mas vuestro hijo. Señor, me prohíbe proseguir.
Sabedora del respeto que desea guardaros,
no puedo continuar sin afligirle en exceso.
Le imito en su pudor y huyo de vuestra presencia,
para no verme forzada a romper mi silencio.

Escena IV: TESEO, solo

¿Qué hay en el fondo de su pensamiento? ¿Qué oculta ese relato

tantas veces comenzado y siempre interrumpido?
¿Quieren desconcertarme con un vano fingimiento?
¿Se han puesto de acuerdo para atormentarme?
Pero, en mi interior, a pesar de mi rigor severo,
se alza una voz plañidera surgida de mi corazón.
Una secreta compasión me aflige y me trastorna.
Interrogemos a Enone por segunda vez.
Quiero enterarme bien de todo lo concerniente al crimen
Guardias, que venga Enone, deseo verla a sotas.

Escena V: TESEO, PANOPE

PANOPE

Desconozco el proyecto que la Reina acaricia. Señor,
pero lo temo todo del ansia que la agita.
En su rostro se pinta la desesperación;
su tez se ve invadida de mortal palidez.
Ignominiosamente expulsada de su presencia,
Enone se ha arrojado al mar profundo.
Nadie sabe el porqué de tan fatal designio,
mas las olas nos la han arrebatado para siempre.

TESEO

¿Qué oigo?

PANOPE

Con su muerte no ha calmado a la Reina:
la turbación parece acentuarse en su alma inquieta.
A veces, para aliviar sus secretas torturas,
abraza a sus hijos y los baña en sus lágrimas;
mas de pronto, renunciando al amor maternal,
con un gesto de horror su mano los aleja;
Vaga sola, al azar, con indecisos pasos;
su vista extraviada ya no nos reconoce.
Por tres veces ha escrito; y, cambiando de idea,
ha roto por tres veces la carta comenzada.
Dignaos verla. Señor; y dignaos socorrerla.

TESEO

¡Oh cielo! ¡ Enone, muerta! ¡Fedra quiere morir!
¡Que se llame a mi hijo, que venga a defenderse!
Que venga a hablar conmigo, presto estoy a escucharle.
No te apresures a otorgarme tus funestos favores,
Neptuno; prefiero que dejes sin atender mis ruegos.
Quizá confié mucho en testigos no fieles,
y me precipité implorando un castigo.
¡Qué desesperación si mis votos se cumplen!

Escena VI: TESEO, TERÁMENES

TESEO

Terámenes, ¿eres tú? ¿Qué has hecho de mi hijo?
A ti lo confié en su más tierna infancia.
Pero ¿por qué esas lágrimas que brotan de tus ojos?
¿Dónde está mi hijo?

TERÁMENES

¡Tardío y superfluo es tu celo!
¡Inútil tu ternura! Hipólito ya no existe.

TESEO

¡Dioses!

TERÁMENES

He visto morir al más noble de los mortales
y aun me atrevo a decir. Señor, que al menos culpable.

TESEO

¿Mi hijo no existe ya?, ¡Cómo! Cuando le tiendo los brazos
¿los dioses impacientes apresuran su óbito?
¿Qué me lo ha arrebatado? ¿Qué rayo fulminador?

TERÁMENES

Apenas habíamos traspasado las puertas de Trecenia;
él guiaba su carro; sus guardias, afligidos,
imitaban su silencio, formados en su torno.

Seguía ensimismado el camino de Micenas;
su mano aflojaba las riendas a los caballos.

Sus soberbios corceles, que en otro tiempo veíamos
obedecer su voz llenos de noble ardor,

ahora, con mirada triste y cabizbajos,
parecían acomodarse a sus tristes pensamientos.

En ese instante, surgido del fondo de las aguas,
un grito horrísono turbó el aire sereno.

Y desde el seno de las tierra una voz formidable
respondió gimiendo al espantoso aullido.

Nuestra sangre se heló en el fondo de nuestros corazones

Se erizaron las crines de los corceles en alerta.

Entretanto, en el lomo de la líquida llanura
se eleva en borbotones una montaña húmeda.

La ola se acerca, rompe y escupe ante nosotros,
entre rizos de espuma, un monstruo furioso.

Su ancha frente va armada de amenazantes cuernos;
todo el cuerpo cubierto de escamas amarillas;

toro indomable, dragón impetuoso,

su grupa se arquea en tortuosos pliegues.

Sus prolongados mugidos hacen temblar la orilla.

El cielo, con horror, ve a este monstruo salvaje;
su presencia estremece la tierra e infecta el aire;

la ola que lo trajo retrocede espantada.

Todos huyen; sin recurrir a un inútil valor,
cada cual se refugia en el templo vecino.

Sólo Hipólito, digno hijo de un héroe,

detiene sus corceles blande su jabalina,

arremete, lanza un dardo con mano segura,

y en el flanco del monstruo abre una ancha herida.

El monstruo, dando un salto de dolor y de rabia,

al pie de los caballos va a caer entre bramidos,

se incorpora, y les presenta unas fauces en llamas,
que los cubren de fuego, de sangre y de humareda.

Les arrebató el pánico y, sordos esta vez,

no conocen ya el freno, ni atienden a la voz.
En esfuerzos inútiles se fatiga su dueño,
enrojecen el freno con su sangrienta espuma.
Dicen, incluso, que se vio, en medio del desorden,
a un dios que espoleaba sus polvorientos flancos.
El miedo les arroja a través de las rocas;
el eje cruje roto. El intrépido Hipólito
ve su carro deshecho volar en mil pedazos;
él mismo cae enredado en las riendas.
Excusad mi dolor. Esta imagen cruel
para mí será ya fuente eterna de llanto.
He visto, Señor, he visto a vuestro desdichado hijo
arrastrado por los caballos que él mismo ¡alimentó.
Quiere tranquilizarlos y su voz les espanta.
Corren, Todo su cuerpo no es ya más que una llaga.
Nuestros gritos de dolor resuenan en la llanura.
Al fin, van refrenando su impetuosa fuga;
se detienen no lejos de esas tumbas antiguas,
donde están las reliquias de sus reales ancestros.
Corro allí entre suspiros y su guardia me sigue
La huella generosa de su sangre nos guía:
ha teñido las rocas, las repulsivas zarzas
ostentan los despojos sangrantes de su pelo.
Llego, le llamo; y en eso, una mano me tiende,
abre un ojo moribundo que se cierra de súbito.
"El cielo, dice, me arranca una vida inocente.
Cuida, tras de mi muerte, de la infeliz Aricia.
Caro amigo, si un día, mi padre, viendo claro,
llora a un hijo infeliz acusado falsamente,
para aplacar mi sangre y a mi sombra errabunda,
dile que con dulzura trate a su cautiva;
que le devuelva..." y, diciendo esto, el héroe muerto
no dejó entre mis brazos más que un cuerpo deshecho.
Triste despojo en que se ensaña la cólera divina
y al que ni su propio padre podría, reconocer.

TESEO

¡Oh hijo mío! ¡dulce esperanza que me arrebaté yo mismo
¡Inexorables dioses, que me servisteis en exceso!
¡Qué mortal remordimiento me reserva la vida!

TERÁMENES

Entonces llegó la tímida Aricia.
Venía, Señor, huyendo de vuestra cólera,
para aceptarle por esposo delante de los dioses.
Se acerca: ve la hierba roja y humeante;
Ve (¡qué espectáculo para unos ojos amantes!)
a Hipólito tendido, sin forma, sin color.
Quiere un momento dudar de su desgracia; .
y sin reconocer al héroe que adora,
ve a Hipólito y aún pregunta por él.
Por fin, más que segura de que está ante sus ojos,

con su triste mirada recrimina a los dioses;
y fría, gimiendo, casi desvanecida,
a los pies de su amado pierde, al fin, el sentido.
Ismene está a su lado; Ismene, rota en llanto,
la devuelve a la vida, o, más bien, al dolor.
En cuanto a mí, he venido, aborreciendo el día,
a transmitir la última voluntad de un héroe,
y a cumplir. Señor, el triste encargo
que su corazón expirante confió a mi cuidado.
Pero veo que llega su mortal enemiga.

Escena VII: TESEO, FEDRA, TERÁMENES, PANOPE, guardias.

TESEO

Pues bien: vos triunfáis, y mi hijo ya no vive.
¡Ah, qué fundados temores!
¡Qué cruel sospecha lo excusa en mi corazón y me alarma justamente!
Mas, Señora, está muerto, tomad a vuestra víctima:
disfrutad con su pérdida, injusta o legítima.
Consiento en cerrar los ojos ante el engaño,
lo creo criminal, ya que vos lo acusáis.
Ya su muerte da motivo suficiente a mi llanto,
sin que vaya a buscar odiosas aclaraciones,
que, sin poder devolvérselo a mi justo dolor,
quizá no harían más que aumentar mi desdicha.
Permitid que, lejos de vos y de estas costas,
pueda huir de la imagen de mi hijo destrozado.
Trastornado, perseguido por un mortal recuerdo,
querría desaparecer de la faz de la tierra.
Todo parece rebelarse contra mi injusticia.
Mi renombre incluso aumenta mí suplicio.
Siendo un desconocido me sería más fácil ocultarme.
Odio hasta las atenciones con qué me honran los dioses
y me voy a llorar sus favores asesinos,
sin molestarles más con plegarias inútiles.
Por mucho que hicieran por mí, su funesta bondad
no podría compensarme de lo que me quitaron.

FEDRA

No, Teseo, hay que romper un injusto silencio:
hay que devolver su inocencia a tu hijo. Él no era culpable.

TESEO

¡Ah, padre infortunado! ¡Y yo lo condené basado en vuestra palabra!
Cruel, piensas que es excusa bastante...

FEDRA

El tiempo me es precioso, escúchame, Teseo.
Yo soy quien sobre tu hijo, casto y respetuoso,
osé poner mi mirada incestuosa e impura.
El cielo alumbró en mi seno una llama funesta;
la detestable Enone se encargó del resto.
Temió que Hipólito, enterado de mi furor,
revelase un amor que le horrorizaba.

La pérfida, abusando de mi debilidad,
se apresuró a acusarlo ante vuestros ojos.
Se castigó por ello, y, huyendo de mi cólera,
buscó en el mar un suplicio demasiado leve.
Ya la espada tendría que haber truncado mi destino;
pero la virtud gimiente debía ser reivindicada.
He querido, para exponer ante vos mis remordimientos,
bajar entre los muertos por un camino más largo.
He tomado, he hecho correr por mis venas ardientes
un veneno que Medea trajo a Atenas.
Ya el veneno, llegado hasta mi corazón expirante,
lo invade inundándolo de un frío desconocido.
Ya no veo, sino a través de una borrosa nube,
el cielo y al esposo que mi presencia ultraja;
y la muerte, arrebatando la luz a mis ojos,
devuelve al día, manchado por ellos, toda su pureza.

PANOPE

¡Expira, Señor!

TESEO

¡Lástima que con ella no expire la memoria de tan negra acción!
Vamos, ¡ay!, más que convencido de mi error,
a mezclar nuestro llanto con la sangre de mi hijo.
Vayamos a abrazar lo que de él nos resta,
a expiar la locura de un voto que abomino.
Rindamos los honores que mereció con creces y,
para mejor apaciguar a sus irritados manes,
que, a pesar de las intrigas de una injusta familia,
su amada, desde hoy, sea una hija para mí.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo